

EVOLUCION Y ANALISIS DE LAS APORTACIONES DE GEOGRAFIA URBANA A LOS ESTUDIOS URBANOS

Josefina Gómez Mendoza

An analysis of the evolution of the contribution of Urban Geography to studies of the city

Se estudia en esta intervención conmemorativa de los XX años de publicación de *Ciudad y Territorio* las contribuciones a la revista de Geografía Urbana. Pese a las vicisitudes teóricas que caracterizan al período, que suponen primero la renuncia a la tradición cultural urbana a favor de perspectivas teóricas, analíticas y radicales y después su actual recuperación, los estudios de Geografía Urbana incluidos en la Revista muestran una solidez y una capacidad de indagación documental y temática, testimonio de que en su mayor parte proceden de investigación básica y de que constituyen momentos de conformación científica de esta rama de la Geografía. Destaca la importancia de los estudios consagrados a Madrid y su área de influencia en una doble dirección: unos referidos a estructuras, morfologías y equipamientos urbanos y otros más interesados por los ámbitos metropolitanos. Unos y otros estudios conectan con la evolución más reciente de la indagación geográfica, nuevamente historicista como requisito de método, textualista y atenta a los procesos naturales, incluso en el ámbito urbano. Sin que ello reste importancia a la consideración geográfica de la práctica urbanística.

As part of the exercises undertaken to mark the XXth Anniversary of the publication of *CIUDAD Y TERRITORIO*, this paper reviews those other contributions to this as have dealt with City Geography. Notwithstanding the theoretical ups and downs so proper to the period which first led to a rejection of culturally traditional urban thinking in favour of more analytic and radical approaches and then back to where they had begun, the studies that were in fact published in the magazine show both soundness and a documental and thematic research capacity that underscore that they were in the main born of original studies and thus have added scientifically to this branch of what can justly be called Geography. Of these, those touching upon Madrid and its setting and world stand out in a two-fold way: those that deal with structure, morphology and its services and those others that concern themselves with its metropolitan environments and worlds. Both varieties tie in with all that is most recent in geographical research, this being again historicist in its methodology, text-based and quick to natural processes even though they be urban. Though they are this, they still in no way lessen the impact of geographical considerations in the field of urbanistic practice.

Me corresponde, en el curso de estas jornadas, hablar de la evolución de la Geografía urbana en los últimos veinte años en relación con los otros saberes de lo urbano, dentro de ese lugar de encuentro de los conocimientos urbanos que es *Ciudad y Territorio*.

He repasado, con motivo de esta conmemoración, la colección completa de *Ciudad y Territorio*, quedando gratamente impresionada tanto por el conjunto de la contribución de los geógrafos —que es a lo que me voy a referir preferentemente— como por el carácter único que, entiendo, ha tenido en estos veinte años la revista. Una lectura seguida de este tipo permite, en efecto, afirmar que en *Ciudad y Territorio* está contenida una historia de las ideas sobre lo urbano (y también, des-

de luego, un reflejo de las prácticas de lo urbano). Con la ventaja añadida de ofrecer, en ocasiones, buenos intentos de sistematización de lo que se pueden considerar los momentos paradigmáticos del urbanismo, y con la ventaja también de anticiparse algunas veces a lo que iba a acontecer (me referiré a algunas de estas ocasiones a lo largo de esta intervención). No cabe duda de que se incurre también, a veces, en ciertas presentaciones dogmáticas o que, ahora ya, pueden parecer fósiles, pero ello no resta interés, desde el punto de vista de un análisis interpretativo o incluso semiótico, a esa auténtica historia de las ideas urbanas en nuestro país de la que hablaba antes, ni a las diversas lecturas que en España se iban haciendo de los textos europeos, norteamericanos o procedentes del mundo ibero-americano.

Para tratar de la evolución de la Geografía urbana en relación con las otras ciencias urbanas,

voy a empezar por fijar algunos puntos de referencia, de la misma forma que lo han hecho ya, en sus intervenciones, Terán, Sambricio o Bonet. Se trata de unos pocos hitos que guardan, por lo demás, relación, en muchos casos, con las actividades editoriales de este Instituto.

En 1967 se publicaron en Inglaterra los *Models in Geography* de Richard Chorley y Peter Haggett que consolidaban la introducción de la Nueva Geografía que los mismos autores habían llevado a cabo dos años antes con sus *Frontiers in Geographical Teaching*. Los modelos de Geografía humana fueron pronto traducidos por el Instituto de Estudios de Administración Local con el título de *Modelos socioeconómicos en geografía* y siguen constituyendo una referencia obligada para los estudiosos del hecho urbano. Hace muy poco, en este mismo año 1989, acaba de aparecer, también en el Reino Unido, una obra que trata de medir las distancias y de ponderar los cambios entre aquellos «modelos» y los «horizontes» actuales: *Horizons in Human Geography*, editado por Derek Gregory —un marxista humanista al que tendré ocasión de referirme más tarde— y Rex Walford. Se plantean los autores de forma crítica, pero ni compungida ni acomplejada, la sucesión de dogmatismos que han ido siendo derruidos y, en consecuencia, la mayor tolerancia introducida en el dominio del estudio geográfico, y todo lo positivo que ha tenido lugar en los últimos veinte años. Quizá la distancia entre una obra y otra, considerando a ambas como los paréntesis del período del que nos estamos ocupando, quizá el tiempo transcurrido, queden reflejados en la forma en que Gregory remeda la frase de Haggett que condensaba toda la voluntad programática de ciencia espacial de la «Nueva Geografía» de los años sesenta. Haggett había dicho que sólo se descubre en el mundo *un orden* mayor del que aparece a primera vista cuando se busca; Gregory corrige en el sentido de que «hay más *desorden* en el mundo del que aparece a primera vista y lo que pasa es que sólo se descubre cuando se quiere encontrar». Es mucho más que un simple juego de palabras o una frivolidad: es aceptar la complejidad, la identidad múltiple. Sobre ello volveré después.

Termino primero con los hitos referenciales. Entre esos dos años, 1967 y 1989, aparecieron también en España, editados en buena medida por este Instituto, otros textos fundamentales para comprender la evolución de la Geografía, y en mi opinión, la del conjunto de las ciencias urbanas y territoriales. Baste citar, por ejemplo, los libros de Brian Mc Loughlin, de 1971 y 1975, primeros enfoques sistémicos de planeamiento urbano y de su control, o los de Antoine Bailly que, en cambio, introdujeron, a finales de los setenta, la perspectiva fenomenológica de *La percepción del espacio urbano*. No quiero dejar de mencionar la magnífica síntesis de Geografía urbana de Harold Carter, también publicada por el IEAL y que ha sido texto permanentemente manejado en las universidades, como excelente recopilación que es. Por su parte, el libro de David Harvey que relata

su transformación ideológica y su primera elaboración de crítica marxista, traducido por Siglo XXI en 1977 con el título de *Urbanismo y desigualdad social*, representa también un referente indispensable. Como lo son los dos libros althusserianos de Manuel Castells, los *Problemas de investigación en Sociología urbana* y *La cuestión urbana*, publicados también en este caso en sus ediciones españolas por Siglo XXI en 1971 y 1974, respectivamente.

Lo que me interesa resaltar es que todos estos episodios o momentos mayores del pensamiento urbano que representan los libros mencionados tienen su reflejo fiel en *Ciudad y Territorio*. En la revista se reflejan las lecturas que se hicieron desde España, las lecturas españolas, procedentes de los distintos campos disciplinares, de los sucesivos «paradigmas» —como se acostumbraba a decir en la época—, de los distintos momentos de la evolución teórica y práctica. El interés de esas lecturas es que se efectuaban desde la realidad urbana española, algunas veces con capacidad de enriquecimiento, otras poniendo de manifiesto la dosis de ingenuidad y de entusiasmo del neoconverso, como un trabajo sobre el marco institucional de la planificación territorial, cuyo autor, que se atribuye una adscripción althusseriana, propone una interpretación a través de «esa gran síntesis» —dice él— constituida por el libro de Marta Harnecker.

Hoy muchas afirmaciones parecen ingenuas (como la anterior); otras conservan cierta dosis de frescor. Pero queda, sobre todo, vigente, cuando se repasan estos veinte años de la revista —y de nuestra vida—, las palabras con que Fernando Terán, su director, concluía su primer escrito del primer número de 1980, al hacer balance de diez años de urbanismo en España: evitar los papanatismos de las modas, evitar pasar por ejemplo de la metodolatría de finales de los sesenta al imperio de la ideología de finales de los setenta; porque dejarse arrastrar, decía aproximadamente Terán, por planteamientos supuestamente novedosos, descalificando todo lo demás, por planteamientos llamados a ser efímeros, a la caducidad, es pura y llanamente falta de cultura. Algo parecido ha dicho en su intervención.

Esta última observación me permite meterme ya en mi terreno y hablarles de Geografía. La Geografía ha pasado por todos estos avatares y vicisitudes o modas y quizá de forma más estrepitosa aún que otros saberes urbanos. Se han multiplicado los esquematismos, las suplantaciones, se ha extendido demasiado, durante algún tiempo, «la falta de cultura» geográfica. Por eso, resulta muy tranquilizador dejar constancia de que las contribuciones de Geografía urbana en *Ciudad y Territorio* son muy poco esquemáticas, y que traducen escasamente el furor de los neoconvertos y el afán de estar «a la moda». Puedo decir hoy, sin temor a equivocarme, que *Ciudad y Territorio* ha acogido en sus páginas algunas de las más destacadas muestras de la producción de Geografía urbana española de estos últimos veinte años. De una Geografía urbana que estaba en pleno proce-

so de formación, porque, por razones que ahora no vienen al caso, es ella una de las últimas llegadas a la especialización geográfica.

Entre las características generales de las contribuciones de los geógrafos españoles en *Ciudad y Territorio*, lo primero que llama la atención es que en buena medida proceden de trabajos de investigación y, a veces, de investigación básica. Esto quizá les reste iniciativa urbanística o perspectivas más teóricas pero, en cambio, aporta a la revista, en mi opinión, dos cosas importantes: el conocimiento riguroso y documentado de ámbitos urbanos españoles con interés específico o que estaban siendo objeto de procesos de cambio, por un lado; por otro, la utilización de fuentes documentales de primera mano y que no acostumbra a frecuentar otros estudiosos de lo urbano: me refiero, por ejemplo, al Catastro de Urbana, al Registro de la Propiedad, al Archivo Histórico de Protocolos, además, claro está, del recurso a los fondos de los archivos municipales y a los planos parcelarios históricos.

Por ámbitos geográficos, deben reseñarse, en primer lugar, las contribuciones de geografía urbana de Madrid, cuyos autores pertenecen a distintos grupos de trabajo de las universidades madrileñas, y que se incorporan a números especiales de *Ciudad y Territorio* sobre Madrid y su área metropolitana. Pero son de destacar, también, las aportaciones de los geógrafos al número monográfico sobre Santander, muy interesante a mi juicio; lo que se escribe desde la Universidad de Oviedo, por ejemplo, sobre las reformas urbanas de Gijón llevadas a cabo por el Frente Popular que quedan plasmadas en el planeamiento posterior de la ciudad; los estudios de geografía histórica de las ciudades valencianas o murcianas. Y, finalmente, al entresacar con este criterio puramente geográfico, no quiero dejar de referirme a los trabajos sobre las urbanizaciones marginales en las Canarias, llevados a cabo por Luz Marina García Herrera y otros autores.

Más ilustrativo puede resultar proponer una somera clasificación de los trabajos por grandes conjuntos temáticos. Me voy a referir a dos grandes grupos de cuestiones que, en mi opinión, son los que mejor —y más ampliamente— están tratados en la Revista desde la óptica de la Geografía urbana: por un lado, aquellas que se refieren a paisaje y morfología urbana, en sus tres dimensiones clásicas y complementarias: plano, edificación y usos del suelo, entre los que se deben destacar, sobre todo, a mi juicio, los trabajos sobre Madrid de Rafael Mas y Dolores Brandis; en segundo lugar, los trabajos dedicados a la dimensión supraciudadana y regional del fenómeno urbano, en concreto los trabajos referidos, también en este caso, a Madrid, su ámbito metropolitano y su área de influencia, de Manuel Valenzuela y Julio Vinuesa, entre otros.

Estas dos líneas reflejan las dos direcciones prioritarias del trabajo y la investigación en Geografía urbana. No parece, por ello, inútil hacer algunas precisiones al respecto. De la primera, la del paisaje y la morfología urbanas, la Revista re-

coge un conjunto muy coherente de trabajos sobre propiedad del suelo, plano parcelario y promoción inmobiliaria o tipos de promoción inmobiliaria. Este conjunto está formado por distintos artículos del profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, Rafael Mas Hernández (uno sobre el sector nordeste del Ensanche de Madrid —que fue el objeto de su tesis doctoral—, otro sobre el extrarradio norte); de dos geógrafas cuyas tesis dirige el propio Rafael Mas, Elia Canosa e Isabel Rodríguez Chumillas (sobre las urbanizaciones marginales en la periferia nordeste de Madrid); así como otros dos, centrados directamente en la acción de las promotoras, el de la Compañía Madrileña de Urbanización y su actuación en la Ciudad Lineal, del propio Mas junto con Dolores Brandis, y otro, paralelo, de Luis Galiana, colega asimismo de la Autónoma, sobre la labor de la Compañía Urbanizadora Metropolitana.

No quiero cansar multiplicando las citas. Creo que los artículos reseñados constituyen un bloque homogéneo, dotado de un discurso coherente que contiene razonamientos, a mi modo de ver, estrictamente geográficos. En efecto, en estos trabajos se demuestra, por ejemplo, que existe una indudable influencia del parcelario inicial que llega hasta la pervivencia en la trama consolidada, incluso en el caso del parcelario rural, en los ensanches y, desde luego, en los extrarradios. Ahora bien, un estudio minucioso permite establecer el grado de variabilidad de estas parcelas urbanas que es, desde luego, débil, pero cuyas proporciones, enmarcadas en el tiempo, reflejan la actuación de los distintos agentes inmobiliarios, de efectos a veces contrapuestos, según los usos finales del suelo, tal como demuestra Mas Hernández para el Ensanche de Madrid. Es decir, que cuando se aborda, «escudriñando la árida geometría de las parcelas», esos tres elementos del paisaje urbano que son plano, edificación y usos del suelo, se desemboca en un discurso esencialmente morfológico que resalta el valor estructural del plano urbano en relación con la evolución de la propiedad y de la promoción del suelo. El hecho de que la estructura parcelaria urbana sea el elemento más rígido de los tres señalados, pese a su variabilidad, supone enlazar con aquello que en 1933 decía Manuel de Terán —nuestro común maestro en Geografía, el de Mas, Valenzuela y el mío—: «(...) el plano de la ciudad, fina dactilografía impresa en el suelo que ofrece la identificación clara y precisa de la personalidad histórica y geográfica, de la personalidad más íntima y diferencial». Y me parece que recordar esta frase viene a cuento no sólo porque los artículos a los que antes me he referido suponen, creo yo, la prolongación a través de la investigación de la idea de Terán, sino, también, porque su punto de vista ha recuperado plena vigencia en las perspectivas renovadamente historicistas que caracterizan a la geografía más reciente.

Junto a estos estudios de propiedad del suelo, promoción inmobiliaria y parcelario urbano, han encontrado acogida en la Revista durante estos veinte años otros artículos, pertenecientes a la

misma línea de trabajo pero más centrados en lo que se refiere específicamente a usos del suelo. Son, desde luego, menos abundantes y posiblemente guardan menos coherencia interna, pero no carecen de interés. De ellos, citaré, tan sólo, el artículo de Dolores Brandis del año 1977 sobre cambios de uso en los edificios residenciales de Madrid, que anticipa la magnífica tesis de la autora sobre el paisaje residencial madrileño, y otra serie de ellos sobre equipamientos: los de equipamiento comercial de Nuño Vadillo (abastecimiento de Madrid) y Cristina Sanabria (grandes superficies comerciales madrileñas) o ese del que soy autora sobre estructuras y estrategias comerciales urbanas; el de equipamiento educativo en Madrid de Ana Olivera, etc. La mayoría mantienen la preocupación por enlazar con los razonamientos morfológicos y estructurales, característicos del primer conjunto aludido.

La segunda línea de artículos constituye asimismo el reflejo de la otra gran parte de la Geografía urbana española que se ha consolidado en estos últimos veinte años, ya que, como he dicho antes, si bien había antecedentes, no existía, en cambio, un cuerpo de saber suficientemente nutrido de estudios de casos. En este segundo conjunto se integran todos los artículos referidos a áreas supaurbanas y periurbanas y, más en concreto, los de espacios recreacionales y de ocio y residencias secundarias. Entre ellos, los de Manuel Valenzuela sobre la función de esparcimiento, su localización en la región de Madrid, comportamientos y motivaciones, y problemas ambientales que esta función ha suscitado. También en el caso de este autor se trata de algunos de los avances de su libro *Urbanización y crisis rural en la sierra de Madrid* que publicó el IEAL. Están, además, los trabajos de Julio Vinuesa sobre la estructura de actividad de la zona de influencia de Madrid y los más recientes de este autor y María Jesús Vidal sobre los precios del suelo en ámbitos rurales metropolitanos madrileños, en relación por cierto también con actividades propias de este Instituto. Lo que me permite de pasada recalcar las buenas y fecundas relaciones intelectuales e institucionales que han mantenido y mantienen los departamentos universitarios de Geografía y el anterior Instituto de Estudios de Administración Local y actual Instituto Nacional de Administración Pública.

Resumiendo todo lo dicho en este repaso rápido, y desde luego no exhaustivo, sobre lo publicado de Geografía urbana en *Ciudad y Territorio*, me parece importante volver a insistir en que supone una muy buena representación de la conformación y evolución de la Geografía urbana española en estos últimos veinte años, o al menos de lo mejor de ella. Pero es que, además, se da la circunstancia de que enlaza bastante bien —y a ello voy a dedicar la tercera y última parte de mi intervención— con las direcciones por las que la Geografía urbana transita actualmente, una vez superados los episodios de convulsión a los que he aludido al principio, y salvado o recuperado lo que tenían de mejor y más valioso.

Para no extenderme demasiado sólo me voy a referir a dos aspectos. Por un lado, quiero comentar hasta qué punto se está reforzando en Geografía urbana, en las literaturas geográficas de los países que nos son más próximos, las europeas, en general, y sobre todo las anglosajonas, una consideración del paisaje urbano como paisaje cultural, lo que entraña importantes consecuencias de carácter epistemológico y metodológico y también claves interpretativas nuevas o renovadas. Por otro, es también muy significativa la forma en que se está reintroduciendo en los estudios de Geografía urbana el nunca abandonado pero a veces postergado punto de vista medioambiental o ecológico: los geógrafos vuelven a tomar en cuenta en sus estudios los procesos naturales.

Hablo en primer lugar, pues, del paisaje urbano. El hecho de que en la literatura anglosajona más reciente reaparezca el estudio del paisaje como una de las claves del estudio geográfico de la ciudad está cargado de consecuencias que voy a tratar de resumir brevemente. Por una parte, refuerza el historicismo, el entendimiento histórico como uno de los requerimientos de método privilegiados de la Geografía urbana. El entendimiento histórico en el caso de la ciudad tiene, geográficamente hablando, unas connotaciones que rebasan con mucho el estudio del pasado: «Volver a pensar históricamente en geografía no es un lujo, es un requisito de interpretación», ha dicho muy recientemente un geógrafo inglés, requisito de interpretación que enlaza con la tradición geográfica más genuina, con Manuel de Terán, con Vidal de la Blache, en definitiva con el entendimiento de los hechos morfológicos o estructurales en la secuencia en que se han ido presentando, en su encadenamiento histórico. Para darse cuenta de hasta qué punto Paul Vidal de la Blache se planteaba el método geográfico de esta manera basta recordar que decía: «Explicar o comprender en geografía es asignar a los hechos el lugar que les corresponde en el encadenamiento del que forman parte.» Ahora bien, se trata hoy de hacerlo con una sensibilidad nueva y, probablemente, con un armazón teórico también distinto. Lo que no obsta para poder concluir que pensar el paisaje urbano en términos de paisaje cultural confirma —o reintroduce, según los casos— la perspectiva metodológica historicista.

En el mismo orden de cosas (en relación con el textualismo y contextualismo que nos invaden) cada vez son más los autores que tratan de aproximarse al paisaje urbano como textos que hay que «leer», y también complementariamente como «imágenes» que hay que saber ver, es decir, a través de muy diversos procedimientos hermenéuticos. Se trata de entender los paisajes urbanos como textos cuyos significados deben ser interpretados e interactuados tanto por los habitantes como por los gestores, administradores y técnicos territoriales, ya que unos y otros son hacedores de paisaje, han dejado su huella sobre él, a partir de concepciones y representaciones a veces muy distintas, contrapuestas. Y ello exige una labor de descodificación, de descifrado, compleja, muy ri-

gurosa. Leer un texto es representar significados, recuperar las actitudes y las ideas que en él subyacen. Y lo mismo ocurre con los paisajes urbanos considerados como imágenes visuales: acaba de publicarse un libro de Denis Cosgrove, llamado *Iconografía del paisaje*, que trata de mostrar, a través de una serie de ejemplos, cómo ciertas maneras de mirar, determinadas maneras de representar imágenes han sido, en algunos momentos históricos, privilegiadas sobre otras facultades cognitivas, y eso ha repercutido, indudablemente, sobre el paisaje.

Complementariamente las corrientes más actuales en Geografía urbana —y en toda la Geografía— reconducen su discurso hacia la «narración», hacia el buen relato geográfico. Derek Gregory, el editor del libro que mencionaba al principio, *Horizontes en Geografía*, dice en él que «nos tenemos que volver a plantear el inmensamente difícil problema de escribir», ya que «la geografía es una forma de escribir, y escribir —como leer— es todavía la tarea más difícil que tenemos». Pero si la geografía es leer el paisaje y (d)escribirlo, entonces se vuelve también a insistir en lo que constituye la diferencia dentro de él, en las identidades locales y regionales. Algún geógrafo de los últimos años recurre para resaltar esta necesidad de poner de manifiesto lo distinto, lo heterogéneo, al último Wittgenstein, quien para insistir en la importancia del hecho diferencial recordaba el verso de Shakespeare del Rey Lear: «I'll teach you the difference», os enseñaré la diferencia. Se trataría de recuperar la personalidad regional, la identidad de cada paisaje urbano en este caso. Invocaré, de nuevo, la autoridad de Derek Gregory, quien, en el mismo libro al que tantas veces me he referido, dice cautamente que sospecha «que necesitamos volver a la diferenciación en áreas». Esta es una definición clásica en Geografía, del primer tercio de este siglo, de Carl Sauer y Richard Hartshorne, que fue ácidamente rechazada y en gran medida denostada. Y ahora se dice, por una personalidad tan poco sospechosa de ser tachada de retrógrada como Gregory, que volvamos, por necesidad, a considerar la diferenciación en áreas como una tarea propia de la Geografía, pero con una nueva sensibilidad teórica hacia el mundo en que vivimos y hacia cómo lo representamos. La Geografía —la Geografía urbana— sigue teniendo que «mirar» para poder dar cuenta de la complejidad de la realidad.

Este es el panorama actual en Geografía, trazado con cierto apresuramiento. Por eso no conviene dejar de advertir que actitudes como las descritas incurrir en el riesgo de caer en un cierto «éxtasis textual» al igual que los analíticos incurrieron en «éxtasis teórico». Entre otras cosas porque como ha señalado Habermas, ciertas versiones posmodernas de la narratividad pueden, sin más, pretender significar el final de la Modernidad racional y plantear la alternativa al discurso racional con otros discursos como el literario o el artístico, borrando las diferencias entre el razonamiento científico y experto y el que no lo es. Es

en cierto modo la posición de pensadores como Rorty cuando señalan que todo argumento no es sino relato, toda filosofía no es sino literatura, toda lógica no es sino retórica y todo significado no es sino contexto. Hay que evitar, dice Habermas, estas superaciones apresuradas de la Modernidad que tienen muchas veces que ver con potentes y emergentes actitudes neoconservadoras (aunque éste no sea desde luego el caso de Rorty).

Por otra parte, como anunciaba antes, los derroteros que sigue actualmente la Geografía urbana reintroducen en su discurso y en su práctica los razonamientos medioambientales y ecológicos. Los estudios actuales quieren reincorporar los procesos naturales a la ciudad, de acuerdo con algunos libros clásicos, como, por ejemplo, el de Hough, sobre forma urbana y procesos naturales. Se trata de recuperar la dinámica de los procesos naturales, desde luego en los parques naturales regionales o metropolitanos, pero también en la propia ciudad, en sus barrios, en sus zonas verdes.

Viene al caso señalar, a modo de pequeña digresión, que también sobre estas cuestiones la Revista *Ciudad y Territorio* contiene ideas interesantes, muy por delante de su época, y así he podido comprobarlo al revisar toda su edición. Ya en el primer número, cuando aún era sólo *Ciencia Urbana* y no *Ciudad y Territorio*, se afirmaba algo así como que hay que integrar armoniosamente la naturaleza en la vida urbana. Afirmación hecha quizá desde idearios que no tenemos por qué compartir hoy, pero cuya vigencia actual resulta significativa. Lo mismo que también se incluye en otro número un artículo de Mario Gaviria, tan interesante como discutible (al igual que todos los suyos), en el que se mostraba contrario a la desnaturalización de los parques naturales, en el sentido de una concepción naturalista del parque nacional o regional, para ponerlo a disposición de los habitantes de las grandes ciudades, extrañándolo a los que en él residen. Es decir, que se tocaban aspectos muy interesantes, relacionados también en este caso con la mejor tradición geográfica y naturalista de este país, y baste citar, por ejemplo, la tradición libertaria medioambientalista de la que es un buen representante Odón de Buen, o en Geografía, el Manuel de Terán de ese magnífico artículo llamado «Para una ética de conservación de la naturaleza».

Sobre estos aspectos lo único que quiero decir aquí es que, como saben mejor que yo los que me escuchan, el urbanismo moderno ha perdido (o ha habido momentos prolongados en que perdió) la comprensión de los procesos naturales. La naturaleza quedó enajenada de las ciudades, y fue enajenada a veces de forma muy cara y conflictiva, de modo que las ciudades son hoy grandes espacios biológicamente muertos o prácticamente muertos, estériles. Algunas corrientes geográficas recientes creen que se pueden recuperar espacios biológicos vivos dentro de la ciudad, conociendo los procesos naturales y apoyándose en ellos, crear balances energéticos positivos incluso intraurbanos. Ello exige un tratamiento urbanístico distin-

to del que ha venido siendo el habitual. Estos espacios biológicos urbanos pueden volver a ser buenas escuelas de vida porque como muy bien plantearon las tradiciones naturalista y geográfica modernas la naturaleza es una buena educadora: sería una forma, entre otras, de devolver una dimensión ética y, desde luego, estética a la ciudad.

La Geografía urbana se entiende hoy con estas distintas dimensiones culturales que acabo de reflejar. Lo que desde luego no impide, sino todo lo contrario —dicho sea brevemente pero con el énfasis suficiente—, que se plantee una práctica profesional, decidida y permanente, en la ordenación urbana y en la ordenación territorial, con el acervo que le confieren sus trabajos y la especificidad de su visión de la realidad. Estudios y ejercicios profesionales decididamente geográficos.

No quiero cansarles más. Creo que las ideas que aquí he esbozado muestran cómo los derroteros actuales de la Geografía urbana mantienen una continuidad relativamente lógica con las contribuciones geográficas contenidas en la Revista que

hoy conmemoramos. Debo hacer constar, por otra parte, que se integran en las líneas de investigación privilegiadas dentro de los estudios territoriales, no tanto en España como en la Comunidad Económica Europea, que hasta donde yo sé (por haber participado en algunos de sus programas) están poniendo el acento en la identidad cultural y en la conservación medioambiental, basadas ambas sobre fundamentos rigurosos.

Ciudad y Territorio ha sido hasta ahora, como tantas veces se ha dicho en estas sesiones, un lugar de encuentro para ideas y para prácticas urbanas de diversas procedencias. Estaría bien, en este sentido, que pudiera seguir siendo ese lugar de encuentro de distintas ideas y prácticas que enlazan con preocupaciones que desbordan el marco español. Veinte años de trabajo continuo en una revista es algo excepcional, sobre todo en nuestro país. Esos veinte años convierten a *Ciudad y Territorio* en un patrimonio cultural, en un patrimonio que, como todo patrimonio colectivo, debe ser conservado.